

Asamblea de Educación 2014
Comprometidos en la Misión

Los Teques, Quebrada de la Virgen, 4 al 6 de junio

FORMAR PARA EL COMPROMISO

Antonio Pérez Esclarín

pesclarin@gmail.com

@pesclarin

www.antoniopezescclarin.com

Si el objetivo último de la educación de los jesuitas es formar hombres y mujeres para los demás con los demás, o personas que entienden que el horizonte último de su vida es “en todo amar y servir”, formar para el compromiso no puede significar otra cosa que formar para continuar el proyecto iniciado por Jesús de establecer el Reino del Padre.

Ahora bien, desde el comienzo quiero dejar bien claro, con la intención de superar la tentación de decir cosas bonitas en las que todos estamos de acuerdo pero que no nos sacuden ni nos interpelan de verdad, que formar para el compromiso sólo será posible si los formadores estamos comprometido de veras con la formación, es decir, si emprendemos el largo y apasionante proceso de ir pasando de meros profesores y dadores de clases, contenidos y programas o meros gerentes de obras prestigiosas de donde egresan muchos profesionales competentes, pero pocas personas compasivas, a educadores, maestros de humanidad, formadores de personas plenas, de ciudadanos responsables y solidarios, comprometidos con el bien de todos, y con la transformación del mundo, según el proyecto de Jesús. De hecho, al plantearnos formar para el compromiso debemos empezar por descubrir en nuestras propias vidas las huellas de aquellas personas que, por estar tan comprometidos con su vocación de educadores, nos marcaron, nos ayudaron a salir de la trivialidad y el sinsentido, a mirar siempre más alto y más profundo. No desempeñaban una tarea, sino que cumplían con una vocación asumida con pasión. No se trataba de un traje, sino de una piel; no era cuestión de horarios y tareas, sino de vida, de una vida comprometida. El magis no era proclama o lección aprendida, sino vida, deseo y esfuerzo permanentes por superarse, por despojarse de lo banal, por ir siempre más allá, por ahondar en lo esencial y trascendente. Por ello, tal vez algunos debemos empezar por reconocer agradecidos que en lo mejor de nuestras inquietudes y compromisos está fructificando la semilla que sembraron. De ahí que no podemos pasar por alto o tomar a la ligera esta pregunta necesaria que desde ya debe retumbar en nuestros corazones: ¿Estamos realmente comprometidos con una educación orientada a transformar personas para transformar el mundo, al estilo de Jesús? ¿Nos perciben así los compañeros y alumnos? ¿Cómo alimentamos nuestro compromiso por irnos haciendo cada día mejores educadores?

El término educar tiene una doble raíz latina: *Educere*, que significa sacar de adentro, extraer toda la riqueza que hay en la persona; o *Educare*, que significa nutrir, alimentar, guiar, ofrecer posibilidades para que el otro pueda crecer y alcanzar la dimensión de plenitud. Educar es

despertar personas, ayudarles a desarrollar todas sus potencialidades, para que cada uno llegue a ser la persona que está llamada a ser. Se trata de propiciar la creatividad y autonomía de cada estudiante para que sea capaz de moldearse a sí mismo y hacer de su vida una verdadera obra de arte. Cada persona tiene que ser autor y actor de su propia vida. No mero actor de un guion que otros escriben para él o ella. Autor, actor y también espectador, capaz de mirarse en profundidad, de reflexionar y someter a crítica lo que es y va siendo, lo que hace y cómo lo hace.

Sócrates planteaba que la educación tenía una función de partera: ayudar a los otros, mediante preguntas pertinentes, a que den a luz la verdad, el bien, la belleza, que todos potencialmente llevamos dentro. Para Sócrates, el arte de educar consistía en promover las preguntas, más que las respuestas, potenciar la curiosidad y creatividad del educando, estimular su libertad y no su obediencia o sumisión. De ahí que llamó a su método pedagógico, la mayéutica, es decir, el arte de ayudar a nacer el hombre o la mujer posible.

Kant le daba a la educación un sentido muy parecido pues mantenía que la educación debe “desarrollar en cada individuo toda la perfección de que es capaz”. A su vez, María Montessori decía que “educar no es transmitir conocimientos, sino ayudar al descubrimiento del propio ser”; y J. Ruskin expresaba que “educar a un niño no es hacerle aprender algo que no sabía, sino hacer de él alguien que no existía”.

Afortunadamente, hoy estamos entendiendo con creciente claridad que educar no es meramente instruir, adoctrinar, mandar, obligar, imponer o manipular. El oficio de educar es un oficio de amor (Mounier). Educar es el arte de acercarse al alumno con respeto y con amor, para que se despliegue en él una vida verdaderamente humana. Educar es, en consecuencia, algo mucho más sublime, importante y difícil que enseñar matemáticas, lengua, inglés, computación o geografía. Educar es formar personas, cincelar corazones nobles y generosos, ofrecer los ojos para que los alumnos, todos los alumnos, puedan mirarse en ellos y verse valiosos y queridos, para que así puedan mirar la realidad sin miedo y mirar a los otros con respeto y con cariño. Si no es esto, será a lo sumo, adiestramiento, capacitación, preparación para ejercer un oficio o un trabajo, pero no educación. El educador es el partero del alma, el que ayuda a cada alumno a conocerse y quererse, el que confiere la energía y confianza para que cada persona se atreva a caminar la senda de su propia realización, para que desarrolle la semilla de sí mismo y alcance su plenitud y felicidad. Educar es contribuir a desarrollar armónicamente todas las dimensiones y potencialidades del ser humano (cualidades físicas, psíquicas, intelectuales, morales y espirituales), para que llegue a ser una persona digna y feliz. De ahí que la educación no puede reducirse a un asunto técnico, pues es esencialmente un asunto ético y humano.

Unamuno resumió con estas palabras la vida de Giner de Los Ríos, un insigne maestro: “Su vida era pensar y sentir y enseñar a pensar y sentir” para ser cada vez mejor persona y así hacer un mundo mejor. Estos siguen siendo los grandes retos de la educación hoy. Enseñar a pensar, a reconocer y controlar nuestros sentimientos y adquirir los valores morales esenciales. Formar la mente, el corazón y el espíritu. Enseñar la reflexión, la emoción y la compasión. Enseñar a vivir, a convivir y a vivir para los demás, objetivo último de la educación ignaciana.

Tratemos de visualizar un posible itinerario para desarrollar este objetivo de la educación ignaciana de formar personas competentes y conscientes (esto más o menos siempre se ha buscado) que sean además **comprometidas en la compasión**.

1.- Comprometidos con la construcción del sujeto. Aprender a vivir

El objetivo de la educación es ayudar a cada persona a conocerse, aceptarse, valorarse y emprender el camino de su plenitud y felicidad. Como ya lo afirmaron los filósofos griegos, el objetivo de la educación es el conocimiento de sí mismo. Hoy vivimos con un desconocido dentro. El camino más difícil es el que conduce al propio corazón. No corras que a donde tienes que llegar es a ti mismo. La vida es un don que se nos ha regalado por puro amor, pero es también una tarea y deberíamos hacer de ella una aventura apasionante. Nos dieron la vida, sin pedirla ni merecerla, pero no nos dieron la vida hecha. Nos toca a nosotros vivir nuestras vidas de un modo responsable y consciente, para desarrollar todos nuestros talentos y alcanzar la cumbre de nuestras potencialidades. Los seres humanos siempre somos seres inacabados, proyectos inconclusos, que estamos en posibilidad de cambiar, de crecer, de ser cada vez más amables, más creativos, más serviciales. Hace unos años, el filósofo francés Roger Garaudy escribía que lo más terrible que le puede pasar a una persona es “sentirse acabada”, no entender que siempre tiene la posibilidad de reinventarse, de mejorar, de vivir más profunda y plenamente.

Vivir es construirse, soñarse, inventarse. Cada día se nos ofrece como una oportunidad para servir, para crear vida, para amar. La vida es un viaje y cada uno decide su destino: podemos ir a la cumbre o al abismo, podemos hacer de la vida una siembra de alegría y amor, o de maltrato y de violencia. Podemos convertirla en un jardín de bellas flores o en un estercolero lleno de inmundicias. Podemos elegir hoy estar felices con lo que somos y tenemos, o vivir amargados por lo que nos falta o no podemos ser. La paz y la alegría, o la inquietud y la tristeza, no provienen de lo que nos sucede, sino del modo como recibimos lo que nos sucede. En definitiva, sólo se puede viajar en dos direcciones: contra los otros o hacia ellos.

Solos no podemos cambiar el mundo, pero podemos hacer que en nuestras familias, en nuestro trabajo, en nuestras comunidades haya más unión, más colaboración, más felicidad. Y si todos nos esforzáramos por cambiar nuestros pequeños mundos, el Mundo cambiaría.

Desgraciadamente, hoy son pocos los que se atreven a agarrar las riendas de la vida en sus propias manos y se plantean ser constructores de sí mismos. Propiamente, no viven, son vividos por los demás: se dejan programar y moldear por una cultura que promueve la superficialidad, el hedonismo, la permisividad, el consumismo, las apariencias. Andan por la vida distraídos de sí mismos. Sin dirección ni norte, sin atreverse a tomar las riendas de su existencia, sin asumir en serio que son ellos los responsables de sus vidas, sin entender que el fracaso o el éxito no dependen de agentes externos, sino de sus propias decisiones. Cuidan sus cuerpos, pero sus espíritus languidecen. Detrás de fachadas relucientes y bien cuidadas se oculta el abandono y el vacío. El tener y el figurar terminan aplastando al ser. A muchos el dinero los empobrece. Si, como ya lo dijo Fromm, resulta muy difícil vivir plenamente con muy poco, resulta imposible vivir plenamente con mucho.

Lo más grave es que ni escuelas ni universidades enseñan a vivir, a comprometerse seriamente en la construcción de sí mismos, no nos ayudan a reflexionar y preguntarse por el sentido de la vida ni nos iluminan sobre lo verdaderamente importante. No enseñan a crear la propia vida. La expresión tan trillada y tan repetida de “educación para la vida”, suele significar, una educación útil, que capacite para el trabajo, pero no una educación que enseñe a vivir con autenticidad, con sentido, con proyecto, con pasión.

Durante muchos años, se propició una educación orientada casi exclusivamente al cultivo de la razón, y descuidó por completo la educación del corazón, de los sentimientos, de los valores.

Goleman puso en evidencia el error de esta concepción e insistió en la necesidad de desarrollar la Inteligencia Emocional, que describió como la capacidad de reconocer nuestros propios sentimientos y los ajenos, de motivarnos y manejar bien las emociones, en nosotros y en nuestras relaciones. Pero creo que ha llegado la hora de ir más allá de Goleman y es necesario incluir entre las Inteligencias Múltiples que propuso Howard Gardner, la Inteligencia Espiritual que es con mucho la más importante y la más necesaria en nuestros días tan desorientados y confusos, tan superficiales y tan violentos. La humanidad se dedicó a entender y controlar el universo externo, pero descuidó el mundo interior; olvidamos el desarrollo espiritual y, en consecuencia, el enorme desarrollo tecnocientífico no se está traduciendo en desarrollo humano. Necesitamos volver a nosotros mismos, desarrollar la conciencia, trabajar por el desarrollo espiritual. Para ello, debemos empezar a preguntarnos en profundidad cómo estamos como humanidad, como familia humana.

Más allá de si las personas son religiosas o no, todos poseemos Inteligencia Espiritual que es la que capacita para la contemplación y el asombro, para buscar el sentido último de la vida y de la muerte, para llevar una existencia solidaria y feliz. La Inteligencia Espiritual nos conduce a la sabiduría, que no consiste precisamente en saber muchas cosas, sino en la capacidad de sumergirse en lo profundo, de hacerse las preguntas esenciales que tienen que ver con el sentido último de la existencia. El conocimiento nos informa, la sabiduría nos transforma, nos induce a vivir bien. El conocimiento se expresa en palabras, la sabiduría en la vida. La sabiduría tiene como fin la felicidad, la vida plena. Un sabio infeliz es un contrasentido.

Para hacer de nuestra vida una aventura apasionante que nos llene de felicidad y haga felices a los demás, necesitamos aprender a estar a solas y en silencio. Sólo en el silencio seremos capaces de plantearnos y respondernos con sinceridad estas preguntas claves: ¿Quién soy yo? ¿Qué sentido tiene todo? ¿De qué se trata la vida? ¿Cómo la vivo? ¿Cuáles son las cosas o valores importantes para mí? ¿Cuáles son mis metas, las cosas por las que me sacrifico y lucho? ¿Qué cosas me gustan y qué cosas me disgustan? ¿Por qué? ¿Cuáles son mis aspiraciones y sueños? ¿A qué le temo? ¿Qué es lo que me alegra y lo que me angustia? ¿Cómo me imagino una persona plena, realizada y feliz? ¿Qué cosas debo mejorar y cambiar? ¿Qué huellas voy a dejar en la vida? ¿Cómo quiero ser recordado? ¿Qué me gustaría dijeran de mí cuando muriera?

Resulta sorprendente que la educación jesuita que tanto ha promovido el ser contemplativos en la acción, haya descuidado la pedagogía del silencio. La escuela enseña a hablar, leer y escribir, pero no enseña el valor comunicativo y expresivo del silencio. Ni el niño ni el joven están preparados para el silencio, al que asocian con el castigo. Para ellos, el silencio es algo extraño, insoportable, que hay que cubrir enseguida de palabras y de ruidos. No llegan a comprender que el silencio no consiste meramente en callarse, sino en fijar la atención en algo.

El silencio es la cuna de la palabra auténtica. El silencio es el fruto de la soledad creadora. Sólo el que es capaz de entrar en lo profundo de su propia intimidad podrá comunicarse en profundidad. Sólo el que es capaz de sumergirse en el silencio podrá escuchar en realidad las voces y los silencios de los otros. Y hasta será capaz de escuchar el griterío de las flores, las ásperas voces de las piedras, el rumor de las cascadas y torrentes que nos cuentan los misterios y maravillas del universo con sus labios de agua. El silencio crea hombres y mujeres para la escucha y para la comunicación. La persona silenciosa, que sabe escucharse y escuchar, crece hacia adentro, se adentra en lo profundo y es capaz de cultivar palabras verdaderas. Palabras que animan, que siembran confianza, que tumban prejuicios y barreras, que calientan corazones.

Así como la pedagogía de la palabra resulta completamente necesaria para describir el mundo, la pedagogía del silencio es absolutamente imprescindible para contemplar el mundo e interiorizarlo. En cierto sentido, la pedagogía del silencio es previa a la de la palabra. La palabra que nace del silencio es una palabra sólida, consistente y firme. Sin silencio, sin reflexión, las palabras se convierten en mera cháchara hueca, en retórica inflada y vacía. Por no saber habitar el silencio, nos volvemos tan superficiales, nos dejamos conducir por propagandas, órdenes, gritos o seducciones de cantos de sirenas, y nuestras palabras, con demasiada frecuencia, son falsas o expresan emociones nocivas como el rencor, la rabia, la ira, la envidia...

El silencio nos posibilita contemplar nuestra interioridad, convertirnos en espectadores de nuestras vidas, nuestros actos, nuestros pensamientos. Al observarnos en silencio brota con fuerza la pregunta radical “¿quién soy?”, tan esencial para conducir nuestras vidas por las sendas de la profundidad y la autenticidad. A su vez, la contemplación silenciosa del mundo exterior nos sumerge en el misterio que se oculta en todo: un rostro, una sonrisa, una flor, una montaña, una mariposa, un arroyo, o el firmamento cuajado de estrellas.

El silencio permite también la contemplación nítida y transparente del otro. Es muy diferente observar un rostro en pleno diálogo, en plena conversación, que observarlo en silencio, calladamente. La contemplación silenciosa posibilita descubrir su extrañeza, su misterio, su radical humanidad, su absoluta dignidad. Cuando observamos en silencio el rostro de un amigo, del hijo o de la esposa, vemos reflejado en él el misterio mismo de la humanidad.

El silencio es indispensable para redescubrir el profundo valor de la comunidad humana. La palabra es el instrumento de comunicación en el seno de la comunidad, pero si esta palabra no nace del silencio y no acaba en el silencio, resulta vacía y estereotipada.

En Venezuela, donde estamos tan llenos de ruidos y de gritos, y donde las palabras valen tan poco, o se usan para ofender y separar, necesitamos una larga cura de silencio para devolverle a la palabra su valor y su dignidad.

2.- Comprometidos con la construcción de genuinos ciudadanos. Vivir es convivir

Nos hacemos personas relacionándonos. Como decía Albert Camus “es imposible la felicidad a solas”. La auténtica plenitud se logra en el encuentro, cuando los otros entran en nuestro mundo y se convierten en nos-otros. Vivir es convivir.

Habilidades para la convivencia:

2.1. Educar los ojos para aprender a mirar

Ver es un fenómeno biológico, mirar supone atención, concentración. Los ojos son los que afirman la existencia del otro. Existes en cuanto que eres mirado. Negar la mirada es negar la existencia.

a) Mirada contemplativa

Capaz de observar y admirar, como ya indicamos más arriba, el milagro que se oculta en una flor, una gota de agua, un pájaro, una piedra, la sonrisa de un niño, un rostro arrugado por el peso de los años o del sufrimiento.

Einstein solía decir que podíamos vivir como si no existiera el milagro o vivir como si todo fuera un milagro. O como dice un proverbio oriental, “si miras un árbol y sólo ves un árbol, no sabes observar. Si miras un árbol y ves un misterio increíble eres buen observador”.

Si bien los niños tienen la capacidad natural de asombrarse, esclavizados al televisor y los aparatos electrónicos, tienen hoy una verdadera dificultad para entusiasmarse con la belleza de las cosas naturales. Sienten una verdadera fascinación por lo tecnológico, por las máquinas y los artefactos, pero viven, en términos generales, ajenos e indiferentes al mundo natural, a sus manifestaciones y al ciclo de la vida. La invasión de lo tecnológico en sus vidas los hace ciegos a la belleza natural. Con el pretexto de introducir más confort y más calidad de vida, más velocidad en los procesos y más cantidad de información, los convierte en compulsivos consumidores de objetos que se presentan como indispensables para vivir. Metidos en la cápsula tecnológica, son incapaces de escuchar la llamada de la naturaleza.

De ahí la necesidad de enseñar a contemplar. Ruben Alves llega a plantear que la primera tarea de la educación es enseñar a ver en profundidad. Para ello, hay que aprender a mirar, pues vemos pero no miramos, no sabemos mirar, no somos capaces de detener la mirada y abrirnos al misterio de la existencia y de la vida. Ver es fácil. Es un fenómeno biológico. Mirar en cambio, requiere atención y tiempo. Atrapados en las prisas y la superficialidad transitamos por la vida como si viajáramos en un autobús sin ventanas, ajenos a lo que sucede a nuestro alrededor. En cierto sentido, como piensa Saramago, todos estamos ciegos. Somos ciegos que pueden ver, pero que no saben mirar. En cierto sentido, y como plantea González Buelta, “todos somos ciegos de nacimiento, totales o parciales, porque hemos crecido en sistemas educativos, sociales y religiosos que nos han enseñado una mirada aviesa y limitada”¹.

Diego no conocía la mar. El padre, Santiago Kovadloff, lo llevó a descubrirla.

Viajaron al sur.

Ella, la mar, estaba más allá de los altos médanos, esperando.

Cuando el niño y su padre alcanzaron por fin aquellas cumbres de arena, después de mucho caminar, la mar estalló ante sus ojos. Y fue tanta la inmensidad de la mar, y tanto su fulgor, que el niño quedó mudo de hermosura.

Y cuando por fin consiguió hablar, temblando, tartamudeando, pidió a su padre:

-¡Ayúdame a mirar!²

La mirada contemplativa nos debe llevar a descubrir en todos y en todo la presencia de Dios. Todo en el mundo es revelación de Dios. Todo vocea su presencia. En cada sonido está el eco de su voz, en cada color un destello de su mirada. Todo es revelación, pero no sabemos mirar. La mirada contemplativa nos permitirá descubrirlo jugando con los hijos, y si levantamos la mirada, podremos verlo caminar con la nube, desplegar su fuerza en el rayo y descender mansamente con la lluvia. Lo podremos contemplar sonriendo en las flores y agitando con la brisa las hojas de los árboles. Lo podremos contemplar en la canción del agua, en la súplica del mendigo, en la fatiga del obrero.

¹ Benjamín González Buelta, **Ver o perecer. Mística de ojos abiertos**, Sal Terrae, Santander, 2006, pág. 194.

² Eduardo Galeano, **El libro de los abrazos**. Siglo XXI Editores, México, 1994.

La mirada contemplativa nos debe llevar también a colaborar en el proyecto creador y santificador de Dios. Eso es lo que significa contemplativos en la acción. La contemplación es para la misión, para al sentirnos hermanados con los demás y con la naturaleza, trabajar en la defensa de toda vida amenazada. De ahí que debemos enseñar a ver a Dios en todos pues todos somos hechos a su imagen, y también en todo, no sólo en los paisajes que nos hablan de su belleza y de su fuerza, sino también en los lamentos de la tierra herida que vienen a ser los lamentos del propio Dios.

b) Mirada fraternal para que seamos capaces de vernos como hermanos

“Un viejo maestro preguntó a sus discípulos si alguno le podía decir cuál era el preciso momento en que terminaba la noche y comenzaba el día.

-¡Cuando ya podemos distinguir a lo lejos un perro de una oveja! –afirmó con decisión uno de los discípulos.

El viejo maestro negó con su cabeza.

-¿Será cuando en la neblina lechosa del amanecer podemos distinguir una ceiba de un samán? –se aventuró otro de los discípulos.

-¡Tampoco! –respondió con convicción el maestro.

Los discípulos se miraron desconcertados y preguntaron ansiosos:

-¿Cómo podemos saber entonces el preciso momento en que uno puede decir “hasta aquí llegó la noche y está comenzando el día”?

El maestro los miró con sus ojos mansos de sabio y les dijo:

-Cuando tú miras el rostro de cualquiera y ves en él a tu hermano o a tu hermana. En ese momento comienza a amanecer en tu corazón. Si no eres capaz de eso, sigues en la noche”.

En un mundo diverso, plural y profundamente inhumano, y en un país como Venezuela donde estamos rotos, divididos, terriblemente polarizados, necesitamos con urgencia aprender a mirarnos para ser capaces de vernos como conciudadanos y hermanos y no como rivales, amenazas o enemigos. El conciudadano es un compañero con el que se construye un horizonte común, un país, un nuevo mundo, en el que convivimos en paz a pesar de las diferencias. El ciudadano genuino entiende que la verdadera democracia es un poema de la diversidad y no sólo tolera, sino que celebra que seamos diferentes. Diferentes pero iguales. Precisamente porque todos somos iguales, todos tenemos el derecho de ser y pensar de un modo diferente dentro, por supuesto, de las normas de la convivencia que regulan los derechos humanos y los marcos constitucionales.

c) Mirada inclusiva de todos, en especial de los más carentes y necesitados

En general, la exclusión escolar reproduce la exclusión social. Son precisamente los alumnos que más necesitan de la escuela los que no ingresan en ella, o los que la abandonan antes de tiempo, sin haber adquirido las competencias mínimas esenciales para un desarrollo autónomo y para insertarse productivamente en la sociedad. Las escuelas de los pobres suelen ser unas pobres escuelas que contribuyen a reproducir la pobreza. Si a todos nos parecería inconcebible que los hospitales y clínicas enviaran a sus casas a los enfermos más graves o que requieren atención y cuidados especiales, todos aceptamos sin

problemas que los centros educativos expulsan a -o permitan que se vayan- los alumnos más necesitados y problemáticos y se queden sólo con los mejores.

¿Cómo leer el fracaso desde el sistema educativo y desde la sociedad y no desde los alumnos? ¿Cómo dejar de preguntarnos por qué fracasan en la escuela la mayoría de los alumnos más necesitados, y preguntarnos más bien por qué fracasa la educación con ellos? Detrás de cada alumno que fracasa, se oculta el fracaso del sistema educativo, el fracaso del maestro o profesor, el fracaso de la familia, el fracaso de la sociedad. Posiblemente, un alumno fracasa porque no somos capaces de brindarle lo que necesita.

De ahí la necesidad de practicar la discriminación positiva, es decir, privilegiar y atender mejor a los que tienen más carencias, para así compensar en lo posible las desigualdades y evitar agrandar las diferencias. No puede ser que abandonen la escuela o que ni siquiera ingresen en ella los que más la necesitan. En este sentido, Estado y Sociedad deben aunar esfuerzos para que en los centros educativos que atienden a los alumnos más carentes y con serias deficiencias, se les garantice una verdadera educación integral de calidad. Esto implica jornadas más extensas y más intensas y dotación de buenas bibliotecas, comedores escolares, salas tecnológicas, talleres y laboratorios, canchas deportivas, lugares para estudiar e investigar con comodidad, actividades extraescolares atractivas. Implica también trabajar para lograr los mejores maestros y profesores, con vocación de servicio, orgullosos de su profesión, con expectativas positivas de sí mismos y de los alumnos, motivados y que gozan enseñando, en formación permanente, no para acumular títulos y engordar currículos, sino para desempeñar mejor su labor y servir con más eficacia a los alumnos, capaces de impulsar una pedagogía del amor, la alegría y el asombro, que promueva la motivación, autoestima y deseos de aprender de sus alumnos.

2.2. Educar la lengua para bendecir (decir bien), agradecer y hablar palabras verdaderas

Con las palabras podemos hacer reír o llorar, hundir o levantar, aturdir o sublimar. Una palabra puede ser una caricia o una bofetada. Hay palabras que duelen más que golpes y causan heridas en el alma muy difíciles de curar. De ahí la importancia de aprender a bendecir: bene-dicere, decir bien, hablar positivamente, evitando toda palabra desestimuladora, ofensiva, hiriente, que separa o siembra discordia.

Lamentablemente, en Venezuela, nos hemos acostumbrando a la violencia verbal. El hablar cotidiano y el hablar político reflejan con demasiada frecuencia la agresividad que habita en el corazón de las personas. De las bocas brota con fluidez un lenguaje duro, implacable y procaz.

Todo genocidio empieza siempre con la descalificación verbal del adversario, que crea las condiciones para el desprecio, el maltrato e incluso la desaparición física. Los colonizadores europeos llamaron salvajes e irracionales a los indios, los esclavistas calificaron de bestias a los negros, los nazis denominaban ratas y cerdos a judíos y gitanos, los comunistas soviéticos calificaban como hienas a los disidentes, los torturadores sólo ven en sus víctimas a bestias subversivas. “Gusano, animal, chusma, chaburro, perraje, escuálido, pitianqui, agente del imperio, apátrida, fascista, zambo...”, una bofetada verbal para sembrar odio, división, imposibilidad de encuentro.

Nunca llegaremos a la paz ni a la convivencia provocando el desprecio y la mutua agresión. ¿Qué paz se podrá lograr entre personas que se insultan y no respetan mutuamente sus ideas diferentes? ¿Por qué tenemos que despreciar, ofender y considerar como enemigo a alguien sólo porque piensa de una forma distinta? Nunca llegaremos a la paz si seguimos introduciendo fanatismo y ofensas, si se coacciona a las personas con graves amenazas e insultos y se busca reducir al silencio al que piensa diferente. Cuando en una sociedad la gente tiene miedo para expresar lo que piensa, se está destruyendo la convivencia democrática.

Formar para el compromiso ciudadano y la convivencia pacífica supone formar para recuperar una palabra cercana y sincera que posibilite y favorezca la genuina comunicación. Palabras encarnadas en la conducta y en la vida. Palabras maduras en el silencio del corazón. Desde el silencio, a la palabra y el encuentro. Sólo se podrá comunicar el que es capaz de distanciarse del clima de rumores, del ruido de la publicidad y las propagandas y es capaz de crear un ambiente de silencio en su interior, si se torna disponible, si presta atención, si se abre a la reflexión de su propia palabra para hacerla testimonio. No olvidemos nunca que, como le gustaba repetir al maestro cubano José Martí, “El mejor modo de decir es hacer”, o como dice el viejo refrán castellano “Obras son amores y no buenas razones”, que en palabras de Ignacio “el amor se ha de poner más en las acciones que en las palabras”. Sólo palabras-hechos, sólo la coherencia entre discursos y políticas, entre proclamas y vida, nos podrá liberar de este laberinto que nos asfixia y nos destruye.

“En el principio era la Palabra, y la Palabra estaba ante Dios y la Palabra era Dios” (Juan 1,1). Jesús es la Palabra inagotable de Dios, una palabra de amor y de perdón. Jesús, Palabra de Dios, siempre vivió lo que decía. Palabra y vida siempre fueron juntas. Por eso, vivió lo que proclamaba y su vida fue su principal enseñanza. Fue, por eso, el Maestro por excelencia. Los educadores debemos esforzarnos por educar con la palabra y con el ejemplo de vida, de modo que no neguemos con nuestras acciones y conducta lo que proclaman nuestros labios.

2.3. Educar los oídos para aprender a escuchar y dialogar

Hablamos y hablamos pero escuchamos y nos escuchamos poco. Sin embargo, tenemos dos orejas y una sola boca, lo que parece indicar que deberíamos escuchar el doble de lo que hablamos. Es mucho más difícil aprender a callar, que aprender a hablar. De hecho, y como decía Ernest Hemingway, “se necesitan dos años para aprender a hablar y sesenta para aprender a callar”.

Necesitamos con urgencia aprender a escuchar. Escuchar antes de diagnosticar, de opinar, de juzgar, de descalificar. Escuchar viene del latín: *auscultare*, término que se lo ha apropiado la medicina, y denota atención y concentración para entender y poder ayudar. Escuchar, en consecuencia, las palabras y los gestos, los silencios, los dolores y rabias, los gritos de la inseguridad y el miedo. Escuchar lo que se dice y lo que se calla y cómo se dice y porqué se calla. Escuchar a los sin voz, escuchar los gemidos de Dios en el dolor de los hombres y de la naturaleza. La escucha implica disposición a cambiar las propias ideas. Partir de lo que el otro dice, cómo lo dice, por qué lo dice. Escuchar también las acciones, la vida, que con frecuencia niegan lo que se proclama en los discursos. Muchos deshacen con sus pies lo que intentan construir con sus palabras: “El ruido de lo que eres y haces no me deja escuchar lo que me dices”.

Escuchar para comprender y así poder dialogar. El diálogo exige respeto al otro, humildad para reconocer que uno no es el dueño de la verdad. El que cree que posee la verdad no dialoga,

sino que la impone, pero una verdad impuesta por la fuerza deja de ser verdad. Si yo sólo escucho al que piensa como yo, no estoy escuchando realmente, sino que me estoy escuchando en el otro. El diálogo supone búsqueda, disposición a cambiar, a “dejarse tocar” por la palabra del otro. En palabras del poeta Antonio Machado: “Tu verdad, no; la verdad. Deja la tuya y ven conmigo a buscarla”. El diálogo verdadero implica voluntad de quererse entender y comprender, disposición a encontrar alternativas positivas para todos, opción radical por la sinceridad, respeto inquebrantable a la verdad, que detesta y huye de la mentira.

Necesitamos aprender a escuchar y también **escucharnos** para ser capaces de dialogar con nuestro yo profundo, para ver qué hay detrás de nuestras palabras, de nuestros sentimientos, de nuestras poses e intenciones, de nuestro comportamiento y vida; para intentar ir al corazón de nuestra verdad, pues con frecuencia, repetimos fórmulas vacías, frases huecas, aceptamos sin ninguna criticidad “la verdad de los míos”.

2.4. Educar la nariz para aprender a oler y olfatear

Aprender a oler calmadamente para disfrutar el olor de las mandarinas, piñas y guayabas; el aroma de los pinos, las rosas y azucenas; el perfume de la piel de los bebés; y embriagarnos con la respiración fuerte de océanos y mares, con la sequedad de los desiertos, con la humedad lujuriente de las selvas.

Educar la nariz para percibir la fetidez de la miseria inhumana, la hediondez de la sangre derramada por la violencia y de la tierra arrasada por las bombas. Para ser capaces de percibir el olor a podrido que desprenden algunos cuerpos bellos y bien cuidados, cubiertos de joyas y perfumes, que levantaron sus riquezas de la explotación, la corrupción, el robo, la rapiña; o que son incapaces de compadecerse ante la miseria de los demás.

Educar la nariz para poder apreciar el olor bueno, a santidad, de tantos cuerpos envejecidos por el trabajo, la entrega y el servicio; de tantos sudores y esfuerzos en el empeño tenaz de construir un mundo más humano y mejor.

Educar la nariz y tener olfato para saber apreciar las oportunidades, las segundas intenciones, los peligros, lo que se oculta detrás de las apariencias. Olfato para ir más allá de los rumores, para no contentarse con las explicaciones superficiales e interesadas de los medios y las redes sociales y poder deslindar la verdad de la falsa información y de la desinformación. Olfato para analizar la coyuntura y tener una visión propia y objetiva de lo que sucede y así poder incidir en su transformación.

Educar la nariz para no meterla donde no debemos ni ir olfateando las vidas ajenas.

2.5. Educar las manos para trabajar y ayudar

Necesitamos educar las manos para que estén siempre abiertas a la ayuda y el servicio y no se cierren en puño que amenaza y golpea. Manos que saludan con afecto, que aplauden con júbilo los triunfos ajenos, que dan pero también reciben y agradecen. Manos que sanan, dan calor, protegen, acortan distancias, apartan obstáculos, construyen puentes. Manos que toman otras manos, que enseñan y consuelan, que limpian heridas. Manos hábiles, trabajadoras, que asumen con ilusión su tarea y tratan de buscar la perfección en todo lo que hacen. Manos encallecidas por el

servicio y el trabajo. Manos entregadas a construir un mundo según el sueño de Dios, porque debemos convencernos de que Dios no tiene otras manos que las nuestras:

El paisaje era desolador. La guerra recién terminada había dejado marcas de muerte y destrucción por todas partes. Los habitantes de aquella pequeña aldea intentaban reconstruirla a partir de los escombros. Una vez que medio parapetearon sus viviendas, se dedicaron a reconstruir la iglesia. Poco a poco, fue creciendo como una enorme promesa de esperanza. De las ruinas habían logrado rescatar algunos trozos del bellissimo Cristo que, antes de la guerra, presidía el altar central. Varios artistas se esforzaron por rescatar la estatua con los pedazos que encontraron, pero les fue imposible recuperar las manos, que tal vez se convirtieron en polvo.

Fue pasando el tiempo y llegó el día de la inauguración del templo reconstruido. La población que acudió en masa estaba ansiosa por ver cómo había quedado su queridísimo Cristo. Cuando retiraron la sábana blanca que cubría la imagen, pudieron ver que la estatua no tenía manos. Pero todos quedaron sorprendidos cuando pudieron leer el cartel que había colocado el artista en el lugar de las manos: “Yo no tengo manos, pero puedo contar con las tuyas”.

2.6. Educar los pies, para caminar al encuentro del otro, pero también para detenerse a reflexionar y contemplar

Pies solidarios, dispuestos siempre a salir en ayuda del necesitado. Pies ágiles, capaces de trazar caminos nuevos, de aventurarse a ir contra corriente, en dirección opuesta al rebaño y la manada, para abrir rumbos a la esperanza y el amor. Pies en permanente éxodo, siempre en busca de nuevos horizontes, dispuestos a labrar caminos de autenticidad. Pies capaces de salirse del camino establecido, de dirigirse a las nuevas fronteras de la exclusión, de dar un rodeo para buscar al herido, al golpeado del camino, al que se perdió o se cansó y detenerse en su auxilio. Pies fuertes, dispuestos a no claudicar ante los obstáculos y la fatiga en el esfuerzo tenaz de construir un mundo mejor. Pies que celebran y agradecen la vida con el baile, el deporte y la fiesta.

Pies también capaces de detenerse a reflexionar, a saborear la vida, a contemplar. Hoy vivimos cada vez más agitados y estresados, perseguidos por la prisa, y no nos alcanza el tiempo para hacer todo lo que tenemos que hacer. Nos estamos volviendo incapaces de saborear el néctar que es la vida. Corremos cada vez más y curiosamente cada vez llegamos menos. No tenemos tiempo para comer, para orar, para reflexionar, para divertirnos, para disfrutar de la calma y del silencio. En nuestra cultura, ser lento es sinónimo de ser torpe o inútil. Se imponen la rapidez y la impaciencia, todo tiene que hacerse “al momento”. Por ejemplo, hoy una espera de quince segundos ante el ascensor se hace insoportable, parecen no terminar nunca los minutos de silencio que se decretan en homenaje a algún fallecido, y por mucha alta velocidad o banda ancha de la que se disponga, nos enerva que no aparezca rápidamente una página en internet.

¿Qué nos pasa? ¿Hemos incrementado la felicidad con ese modo de vivir? ¿Somos más eficaces? La experiencia demuestra que todos nos quejamos de las prisas pero sucumbimos a ese ritmo frenético. ¿Es una condición irrenunciable de la vida moderna o algo imposible de cambiar? ¿Nos ayuda a ser más personas? Quizá, si fuéramos conscientes de la situación y de las consecuencias que provoca, deberíamos aprender a desacelerar el ritmo de nuestra vida para disfrutar más de todo lo que nos sucede.

3.- Comprometidos con la compasión: En todo amar y servir a todos. Vivir para los demás

Si Dios nos hizo a su imagen y semejanza y Dios es amor, somos seres para amar. El sentido de la vida es el amor y sin amor la vida no tiene sentido. Amar es la causa y la justificación de la vida. Amarlo todo y siempre. Amar a Dios que nos amó primero, amar a los demás, todos hijos de Dios, amar a todos los seres vivos, amar la naturaleza que no nos pertenece, sino que somos parte de ella. En definitiva, nos dieron la vida para darla. Vivir como un regalo para los demás, vivir sirviendo siempre, “en todo amar y servir a todos” es el modo privilegiado de encontrar la plenitud y la felicidad. Dar la vida en el día a día, en la atención amable más allá del cansancio, en el respeto a pesar de la violencia, en la lucha tenaz contra el pesimismo y la desesperanza. Tenemos que ser como el manantial, que no guarda para sí su caudal, sino que se derrama dando vida. Y lo hace con alegría, cantando. Si guardara para sí su agua, se pudriría y se le morirían las canciones.

La compasión es una virtud que se deriva del amor. No es un mero sentimiento, sino un principio de acción que desafía los esquemas de actuación convencionales. La verdadera compasión consiste en percibir la angustia ajena y hacerla nuestra, sentir el sufrimiento del otro y movernos a evitarlo. Pero, como bien nos advierte Laguna, “No debemos confundir compasión con lástima. La compasión comparte el sufrimiento del otro: padece-con. La lástima participa de la conmoción de la compasión pero desde la distancia existencial del que se sabe lejos de la situación del que sufre. La compasión derriba las asimetrías que pueden darse en la relación ayudador-ayudado. Compadecido y compadecedor se saben igualmente vulnerables. La compasión prevé reciprocidad: ‘hoy por ti, mañana por mí’. La lástima no contempla verse en el lugar del compadecido, la relación que establece con él es asimétrica. El ayudado está desnudo, apaleado y medio muerto, es pura carencia. La lástima ayuda desde el puro don, tiene todo aquello de lo que el otro carece. Asimetría que evidencia una desigualdad estructural sólo salvable desde la limosna convertida en el vehículo de una ayuda siempre unidireccional”.

La sociedad neoliberal es muy lastimera y poco compasiva, se conmueve y recauda donativos ante las grandes crisis humanitarias, pero no se pregunta por los desajustes estructurales que laten detrás de cada desgracia, y mucho menos se aboca a impedir que se repitan.

Para Jesús, Dios es compasión. La compasión es el modo de ser de Dios. Dios siente hacia sus criaturas lo que una madre siente hacia el hijo que lleva en sus entrañas. Y porque Jesús experimentó a un Dios compasivo, de entrañas misericordiosas, introdujo la compasión como el principal principio de acción. Por ello, como nos señala Pagola³, frente al “Sed santos porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo”⁴ que regía la espiritualidad de Israel, Jesús se atrevió a proponer “Sed compasivos como vuestro Padre del cielo es compasivo”⁵. El pueblo judío había terminado por concebir la santidad como el resultado del cumplimiento riguroso de una serie de normas y de leyes, sin sensibilidad para ver el dolor de los pobres, excluidos y rechazados y, en consecuencia, sin atender a sus lamentos ni acudir a remediarlos. Y Dios no quería una religión y un culto que excluía a los impuros y pecadores y no se compadecía de los sufrimientos de las víctimas. Dios ama sin excluir a nadie de su compasión. Con Jesús, la misericordia acogedora sustituye a la santidad excluyente. El reino de Dios es una mesa abierta donde pueden sentarse todos.

³ José Antonio Pagola, “No podéis servir a Dios y al Dinero. Una lectura profética de la crisis inspirada en Jesús”. Centro Mediterráneo. Universidad de Granada, 29 de marzo de 2012. Ver también “La alternativa de Jesús”, Badajoz, 25 de octubre de 2011.

⁴ Levítico 19, 2

⁵ Lucas 6,36.

“La compasión que Jesús introduce en la historia reclama una manera nueva de relacionarnos con el sufrimiento que hay en el mundo. Más allá de llamamientos morales o religiosos, Jesús está exigiendo que la compasión penetre más y más en los fundamentos de la convivencia humana para rescatar a los perdedores y excluidos, de la desesperación y el olvido... Nunca en ninguna parte se construirá la vida tal como la quiere Dios si no es liberando a estos hombres y mujeres de su miseria y humillación... La ‘autoridad de los que sufren’ es la única instancia ante la cual ha colocado Jesús a la humanidad entera... Toda ética ha de tenerla en cuenta, si no quiere convertirse en ‘ética de tolerancia’ de lo inhumano. Toda religión ha de reconocerla, si no quiere ser negación de lo más sagrado. Toda política ha de tenerla en cuenta si no quiere ser cómplice de crímenes contra la humanidad. Ser compasivos como el Padre exige buscar la justicia de Dios, empezando por los últimos. El camino hacia un mundo más digno y dichoso para todos, se comienza a construir desde ellos. Esta primacía es absoluta. La quiere Dios. No ha de ser menospreciada por ninguna política, ideología o religión”⁶

Es hora de que los educadores cristianos, seguidores de Jesús, hagamos nuestra la compasión de Dios y tratemos de incorporarla en nuestras vidas, en nuestras relaciones, en nuestras prácticas educativas, en nuestros centros de trabajo. Nuestra tarea no es meramente dar clases y cumplir con los preceptos y prácticas religiosas, sino liberar del mal, sanear la sociedad, ayudar a vivir de un modo más humano. Si es bien cierto que la educación y también la religión están en crisis, no lo está Jesús que tiene más vigencia que nunca. El mundo cambiaría radicalmente si la compasión de Dios se convirtiera en el eje de las culturas, las políticas, las religiones y la educación.

Jesús sigue prácticamente inédito y puede convertirse en el espíritu que aliente el mundo nuevo. Ciertamente ¡Otro Mundo es Posible!, y nuestra tarea es cultivar la esperanza y trabajar por ese mundo nuevo, el Reino, con la pasión y la compasión de Jesús. El proyecto de Jesús sigue vivo y necesita de valientes que lo impulsen. Exige una profunda conversión: cambiar el corazón, los valores, marchar por un camino distinto al que nos proponen los poderosos, los que levantan su poder sobre la manipulación, la insensibilidad y la injusticia. Seguir a Jesús es hacer nuestros sus criterios y valores. Jesús nos enseñó con su palabra y con su vida que la compasión, la no-violencia, la humildad, el servicio y el amor son los únicos caminos válidos para construir el Reino, es decir, una sociedad justa y fraternal, como la sueña Dios.

¿Qué pasaría en el mundo si los cristianos empezáramos a tomar en serio el evangelio y si los educadores nos comprometiéramos a construir sobre él, currículos, relaciones y prácticas, de modo que cada centro educativo se vaya configurando como un pequeño anticipo del Reino?

⁶ José Antonio Pagola, “No podéis servir a Dios y al Dinero”, **op.cit.**, pág. 9 y ss.